

# EL AMOR A UN LEPROSO

---







## El amor á un leproso

---

**M**ARÍA es una costurerita, como sólo las hay en San José. Trigueña, esbelta, de pies pequeños; y de ojos pardos. Todos sus movimientos tienen la gracia femenil de la gatita que juega y se ensaya en el arte de cazar ratones; solo que ella pretende atrapar corazones.

Por más que en Costa Rica decimos y pensamos que no existen diferencias de castas ni de clases, el hecho es, que las tenemos tan marcadas y quizás más que en las monarquías. ¿A quien se le puede ocurrir que una muchacha que calza charolado botín, y duerme en lecho de confortables colchones, y asiste cuatro años al Liceo, pertenece á la misma categoría, que la campesina que entra á la ciudad, montada en un flaco rosillo, su cabeza cubierta con un sombrero de paja, sin forma, sus dos pies al aire libre, y con dos manasas más gruesas que su talle? ¿Qué vínculo puede unir estos dos tipos tan diversos? Comparemos ahora á María con la joven hija del rico comerciante, del acaudalado agricultor, que ha recibido una educación esmerada, y desde

que nació estuvo rodeada de parientes, que á su vez descendían de personas distinguidas que durante muchas décadas se han venido sucediendo y heredando las costumbres y tradiciones de honor, ó ejerciendo virtudes públicas que la historia no deja olvidar; tendremos que María está muy por bajo de la escala, tanto como está encima de la posición que la campesina tiene. Poseemos pues una clase media, como en Francia tienen duques y marqueses á despecho de las leyes que proclaman la igualdad.

Esto entendido, proseguimos nuestro cuento. Ricardo Vega, muchacho de buena familia; pero que la prematura muerte de sus padres dejó huérfano, antes de completar su educación, vive de sus servicios personales. Dependiente en un almacén de mercaderías, á veces; otras, se ocupa de llevar cuentas á los pulperos, pues conoce medianamente la teneduría de libros, y más que todo se presta á ejercer el oficio de escribiente en oficinas del Gobierno. Lo cierto es que gana lo suficiente para pagar treinta pesos de alquiler de cuarto y comida á una familia que vive de cuidar personas solas; para vestirse con cierta elegancia, y para frecuentar el teatro.

María pasaba frente al cuarto de Ricardo casi todos los días, llevando las costuras á sus dueños. Como quien no quiere la cosa, María miraba á Ricardo. Éste la saludaba y salía á la puerta á verla hasta que cruzaba la esquina. Poco á poco fueron formando relaciones, que se limitaban á hablar de las lluvias y del viento; pero que el tiempo fué estrechando y definiendo hasta que un día de tantos averiguaron ambos que se amaban, y... que no podrían existir uno sin el otro. Una tía vieja, que nunca faltan en las familias, noticiosa de lo que pasaba llamó al joven sobrino,

y le declaró que si se casaba con la *costurera*, lo desheredaría y le retiraría su cariño y su aprecio. Como la herencia de la vieja que consistía en cariño y aprecio, no tuvo importancia para Ricardo, persistió en sus proyectos de matrimonio y se fijó el primero del próximo Enero de 189... para el enlace que la tía calificaba de desproporcionado. Tres meses pues, debían esperar Ricardo y María.

Poco antes de cumplirse el término fijado para la boda, observó María que las cejas de su novio se despoblaban. En la semana siguiente, Ricardo no tenía más que las señales donde estuvieron las cejas, y sus pestañas emigraban á la vista. La segunda semana Ricardo se presentó á María sin una pestaña ni un pelo en donde fueron cejas; el cabello, tan sedoso y rizado antes, había tomado el mismo camino que las pestañas, y la cabeza de Ricardo era un guacal brillante y despoblado de cabellos. La tercera semana, el novio se presentó á la novia con los ojos inflamados y un dedo casi separado de la mano.... ¿Qué sucede; qué horrible pesadilla se cierne sobre tu existencia, Ricardo mío?—¡¡Calla María, no levantes la loza que cubre la tumba de un viviente!... Soy un lazarino!... La lepra devora mis carnes, y envenena mi sangre!!... quedas libre, adorada María; huye, apartate de mí; no te contamines ni te acerques á mí, que sólo soy un foco de mortal infección. La fatalidad me ha elegido entre millones de seres, para que pague la deuda del genio del mal. Adiós María; voy á denunciarme á la policía de Higiene para que me condenen á encierro y separación perpetua de la humanidad. Desde hoy seré un inquilino del Lazareto.—Adiós.—Ricardo mío, mi único amor; mi sola pasión verdadera, no te irás sólo; casémonos, y yo te seguiré á ese panteón solitario, que el amor convertirá en apartado Edén para

nosotros. Si la enfermedad que te deforma es contagiosa, que haga de mi cuerpo lo que quiera; siempre me restará el corazón para amarte y mi voluntad para cuidar de tu persona. Ante tan sublimes sentimientos, Ricardo no debía titubear. Su resolución fué instantánea. Se despidió de María y entró á su cuarto. Tomó un revólver que ya tenía preparado de antemano, introdujo el cañón en su boca, y..... oprimió el gatillo..... En el cielo rasó de la habitación penetraron los sesos y parte del cuero cabelludo. Así concluyó ese idilio, que merecía un mejor término. María viste de negro hace más de un año, y está propuesta á vivir sin otra aspiración que la de unirse á su adorado leproso cuando la muerte le dé paso libre para la eternidad y el infinito.

FIN

386





0000150311

An  
ma

Ra  
H.